

Imbóvil

«El cuerpo humano
está compuesto en
un 70 % de agua y
en un 30 % de secretos.»

Juan Arcones

Juan Arcones

Imborrable

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Arcones, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2020
Depósito legal: B. 7.281-2020
ISBN: 978-84-08-22787-8
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

Los primeros días son una putada. Más aún si eres Alejandro. A ver, no es que sea especial y tenga superpoderes o algo parecido. Simplemente, se ha enfrentado a demasiados «primeros días» en los últimos meses. Aquel día de septiembre era uno más. Bueno, no. No era uno más. Era el primer día en su nuevo colegio, en el instituto donde había estudiado su hermano, Leo. Si a eso le sumamos que era negado para las relaciones sociales, ya tenemos el premio gordo. No es que sea un marginado de la vida o que ni siquiera sea capaz de articular dos palabras seguidas, no es un *outsider*, o el típico que se encierra en su cuarto durante horas y horas para jugar online con algún obeso cuarentón de Michigan. No. Simplemente le gusta tener su propio espacio... y las multitudes lo agobian, lo anulan. Siempre ha preferido los grupos pequeños de gente, donde sentirse seguro. Raro de manual.

Nada más llegar al instituto vio que la entrada estaba abarrotada de gente, de adolescentes con resaca veraniega, en grupitos, como si todos se conocieran menos él. No había ni una persona sola. Ni una. Buscó alguna alma solitaria, al menos para saber que no era el único pringado allí. Con eso le valía. Consuelo de tontos, diría su madre. Gilipollas, diría su padre. No se llevaba muy bien con él. Tampoco mal. Ya no. Realmente no se llevaban. Y menos desde el divorcio. Todo

se vino abajo. Como cuando estás preparando el desayuno y se cae la tostada, siempre se estampa del lado de la mermelada. Quizá no fuera la mejor analogía para hablar del divorcio de sus padres, pero servía para mostrar cómo su vida se había ido a la mierda. Y, aunque tratara de recomponerla, era imposible. Se tenía que tirar la tostada a la basura... y prepararse una nueva.

—¿En serio este es el colegio, mamá? —le recriminaba una chica a su madre por el teléfono—. Es una cárcel. ¡No tiene ni patio! ¡No tiene nada! Menuda basura.

Alejandro se mantenía a cierta distancia, en la acera de enfrente. De hecho, prefería quedarse al margen el mayor tiempo posible. En su anterior colegio le funcionó. ¿Por qué no iba a funcionar en este la misma táctica? De repente, se abrió un portón de madera a un lado de la entrada y dos hombres se colocaron a ambos lados de la puerta, indicando a los nuevos alumnos que entraran. Alejandro se asomó desde la lejanía y pudo entrever un enorme salón de actos en el interior. ¿Para qué demonios tenían que entrar ahí? Sería la presentación de inicio de curso en la que alumnos y profesores se conocen, el director dice unas palabras y, después de un aplauso tímido y forzado, los mandaban a todos a casa. Podía soportarlo. Podía aguantar un primer día así. Entraría de los últimos y se sentaría en las filas del fondo, lo más alejado posible.

Los pocos padres que quedaban se fueron marchando, y Alejandro aprovechó para cruzar y mezclarse entre ellos, poco a poco, paso a paso, hasta que entró en el salón de actos, que desprendía un olor a fieltro y obra de teatro, y se quedó pegado a la pared del fondo, esperando a que todos pasaran delante y él tuviera que sentarse en el último sitio libre. Pero su táctica no funcionó. Uno de los conserjes empezó a apremiarle para que siguiera la fila y se sentara delan-

te. Alejandro chasqueó la lengua, molesto, y acabó sentado a pocos metros del escenario, con unas chicas a su izquierda que no paraban de mirar el móvil y reírse escandalosamente. De hecho, Alejandro habría jurado que se reían de él.

—¿Tú has visto esa falda? Joder, si parece salida directamente del siglo XIX. Puaj.

A su lado, un chico se dejó caer sobre la butaca con fuerza, con tanta brusquedad que el asiento protestó y los dos se miraron, pensando que la había roto.

—Y eso que he adelgazado este verano —bufó, y Alejandro apartó la mirada—. ¿Y tú quién eres?

—¿Yo?

—Sí, tú —insistió el chico.

—Yo... me llamo... —durante un momento pensó en darle un nombre falso— Alejandro.

—¡Oh! Me flipa tu nombre. Es el nombre de mi canción favo. Bueno, no la favo favo. Es como la quinta, ¿sabes? Pero me gusta. —Era difícil seguirle, con su rapidez a la hora de hablar—. Sabes de qué canción te estoy hablando, ¿verdad?

—¿Eh?

—¡Tío! ¡Alejandro! ¡Ale-Alejandro!

Ante la confusión de Alejandro, el chico resopló y su flequillo onduló en el aire, dejando ver sus ojos color caoba. De hecho, tenían el mismo color que la mesa del comedor de su casa.

De repente, se hizo el silencio en el salón de actos. Los profesores del instituto empezaron a subir al escenario y a tomar asiento mientras los alumnos no sabían muy bien qué hacer.

—Parece el *casting* de la segunda parte de *Mamma Mia!*, por favor. Dios, mi madre ama esa película. Siempre llora con ella. Mira, ahí tienes la marca blanca del... ¿Cómo se llama el prota? *Don't care*. Seguro que es profesor de Filosofía

o algo así, de esos enrollados que se creen guais por enviarles wasaps a los alumnos y seguinos en Twitter. Pervertido —surró, como contando un secreto.

—¿Tú crees? —preguntó Alejandro extrañado.

—¡Lo sé! Mira, en mi anterior cole estaba este... Martín, el profesor de Educa. Su obsesión por los culos era... A mí me lo tocó una vez mientras me ayudaba a hacer el pino. Creo que lo echaron para no montar un escándalo. ¡Y bueno, claro, luego tenemos a Taylor Swift marca Hacendado! ¡Me juego lo que quieras a que ese no es su color de pelo natural! ¡Seguro que no es ni su pelo! Y el de la izquierda..., apostarí a que se llama Ramón Tijuana y se dedica a traficar con coca a la salida de las clases. ¿De dónde ha sacado ese bigote? Ese lo llevaba mi padre hace treinta años, cuando se creía moderno. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? No hemos empezado y ya quiero irme. Primer día de cárcel inaugurado —terminó su discurso haciendo un movimiento de muñeca como si llevara una varita y estuviera haciendo un hechizo de Harry Potter.

Alejandro había escuchado atentamente, tratando de seguir el ritmo, alucinando con la verborrea de su compañero, que no cesaba de mover las manos recalcando cada una de sus palabras, siempre esperando una risa que no llegaba. Desde que se había sentado, ni siquiera le había visto sonreír, solo bufaba y protestaba sin descanso. Su pelo, lacio y fino, le cubría las orejas y parte de la frente. Era bastante delgado, de esos que marcan abdominales pero porque no tienen ni un gramo de grasa. Pura fibra. Seguramente había sido bajito de pequeño y cuando pegó el estirón se transformó en un tirillas de aspecto casi desnutrido. Su mirada y expresión, de villano de Disney, eran cautivadoras, con un toque reptil intrigante. Abrió los brazos, colocándolos sobre su respaldo, y dejó caer la cabeza sobre su hombro, casi tocan-

do el de Alejandro, que se apartó instintivamente. No era muy amigo del contacto físico, y menos si estaba totalmente injustificado.

—No muerdo, ¿eh? —siseó. Alejandro se encogió de hombros y volvió la vista hacia delante mientras todos los profesores se levantaban y uno de ellos se acercaba a un pequeño atril con micrófono—. Empieza el espectáculo. ¿Dónde están las palomitas cuando se las necesita? No tendrás algo de comer, ¿verdad? ¡Oh, por favor, dime que llevas algo en esa mochila! ¡Tío, que es el primer día, uno no se trae la mochila el primer día!

—Buenos días a todos y bienvenidos al primer día de curso.

Un hombre con espaldas anchas, pelo fino y media melena, barba y gafas de listo (de esas superfinas que solo llevan los profes de Literatura que tienen pasta) comenzó a hablar. Su voz era conciliadora, suave, amistosa. Alejandro tardó en reconocerlo, pero en cuanto le escuchó hablar supo que estaba ante Cebrián, el que fue tutor de su hermano, Leo.

—Especialmente a las nuevas incorporaciones. Espero que los veteranos os enseñen y guíen en esta nueva aventura.

—Parece el tráiler de una serie de Netflix. —El chico serio con su propio chiste y, al ver que Alejandro ni siquiera le había escuchado, continuó hablando, intentando hacerse notar lo máximo posible. Se acercó a Alejandro y, cubriéndose la boca con una mano, le susurró—: Seguro que ese ha estado en el ejército, rollo Afganistán o algo así. Debe de tener el cuerpo lleno de cicatrices —aventuró el chico, esperando a que Alejandro le siguiera la conversación—. Tú también tienes una cicatriz, ahí mismo. —Le tocó la barbilla y Alejandro se revolvió.

—Sé que tengo una cicatriz. Me miro todas las mañanas en el espejo —respondió molesto.

—¡Hombre, si sabes decir más de dos palabras seguidas! Ya era hora, ¿eh? Dan —se presentó y le tendió la mano.

—¿Eh?

—Que me llamo Dan.

—¿Dan? ¿De Daniel?

—No. Dan de Dan —contestó molesto—. ¿Me das la mano o qué?

Movía los dedos en el aire, nervioso. Alejandro se secó la mano en los pantalones y se la apretó con fuerza.

—Ahora vamos a proceder al reparto de grupos.

—Menuda cutrez. Ya lo podían tener preparado, como cualquier instituto normal —protestó Dan.

—Según os vaya llamando, os vais levantando. Empezamos con 1.º A. Vuestra tutora será Aurora Mendoza. Por favor, en cuanto diga vuestro nombre, acompañadla a la que será vuestra clase en la tercera planta.

Una mujer rubia, de caderas anchas y vestida con una bata blanca, como si fuera una profesora de preescolar, dio un paso al frente y sonrió. La señorita Mendoza, a la que Dan se había referido como Taylor Swift, bajó del escenario y esperó pacientemente a que Cebrián leyera los nombres de todos sus alumnos. La lectura de nombres y división de grupos duró varios minutos más. Y, aunque a todo el mundo parecía darle igual, ese no era el caso de Alejandro. Básicamente porque significaba que, dentro de cinco minutos, todo el instituto sabría su nombre completo, y eso solo podía significar una cosa...

—Dios, daría lo que fuera por un piti ahora mismo. ¿No tendrás uno? —preguntó Dan con una mueca de desagrado total.

—No. ¿Fumas?

—¿Eres de la patrulla antitabaco o algo por el estilo? —Inmediatamente notó lo borroso que había sido e intentó recon-

ducir la conversación—. Quiero empezar a fumar, ¿sabes? Es una de mis metas en el insti. Nueva etapa. Tengo muchas cosas que tachar antes de empezar la universidad. ¿Tú no?

—No me lo he planteado.

—¿Sabes quién es Milo? —soltó de repente.

—¿Eh?

—Milo —insistió.

—Sí, sí, claro —respondió Alejandro nervioso.

—¿Y no te parece que está un poco... sobrevalorado? Llámame *hater*, todo el mundo lo hace, pero amo odiar lo que otros adoran, ¿sabes? Debería hacerme un canal o algo así.

—¿No te gustan sus poemas?

—Pse —se limitó a contestar, encogiéndose de hombros—. Tú eres superfán y la acabo de cagar, ¿verdad? Oh, no me jodas. Peor. Tú eres Milo y la estoy cagando mucho más. *Fuck!*

—Ojalá fuera Milo.

—Hombre, estás bien como eres. Pero ya lo he pillado. Te mola. OK. No volvemos a hablar de él... o ella. ¿Eres de aquí? Es decir, de la zona, de la ciudad... Yo no, por eso lo digo. Mis padres se empeñaron en venir a esta ciudad... Bueno, realmente, no se empeñaron, a mi padre le cambiaron de departamento en el curro y le destinaron aquí. Supongo que podría haberse negado, no sé. —Sonrió, pero no de felicidad. Ocultaba algo esa sonrisa, pero era difícil verlo a simple vista. Al mostrar sus dientes, Alejandro se dio cuenta de la forma de sus colmillos, más grandes de lo normal, lo que le otorgaba una sonrisa extraña y cautivadora al mismo tiempo. Debió de notar que Alejandro la miraba fijamente, porque cerró la boca casi de inmediato—. Odio mi sonrisa, ¿vale?

—Sí, soy de aquí —respondió Alejandro, tratando de cambiar de tema—. Mi hermano venía a este colegio.

—¿Tienes un hermano? ¿Universitario? ¿Qué estudia?

—Eh..., no, no está en la universidad. —«Está muerto»,

quiso decir, pero le pareció demasiado crudo. Tampoco tenía por qué contárselo, aún no se conocían de nada.

—Pues bien por él, maldito sistema educativo que no funciona. Creo que vamos a pasar dos años muy aburridos. Ya lo verás. Memorizar, memorizar y memorizar. ¿Tú crees que me acuerdo de algo de la Edad Media o de sintaxis? ¡JA!

¡Guau! Dan era increíble. Nunca había conocido a alguien como él, con esa rapidez, con esa capacidad natural de hablar con cualquiera, aunque acabara de conocerlo.

—¿Alejandro Medina? —dijo una voz que le hizo volver a la realidad. Era la voz de Cebrián, que había leído su nombre en alto, provocando que todo el mundo comenzara a susurrar. El secreto le había durado..., ¿cuánto? ¿Treinta minutos? Genial. Simplemente genial.

Alejandro se puso en pie, nervioso como nunca. Pero recordó lo que le habían dicho todos sus psicólogos: «Respira y cuenta hasta diez. Siente el suelo. Siente tus pies, tus zapatillas, siente que estás ahí...». Al cabo de unos segundos que parecieron horas, y tras cruzar una extraña mirada con Cebrián, este siguió con la lista de nombres.

—Morán, Daniel.

—Es Dan —dijo tras ponerse en pie.

—¿Cómo dices?

—Dan. Dan Morán. No Daniel —dijo Dan orgulloso.

—En la lista apareces como Daniel Morán.

—Oh, es un error que cometen muy a menudo. Si me deja, subo y lo cambio...

—¡PRINGAO! —gritó alguien del fondo.

—¡TU MADRE! —respondió Dan de inmediato.

—Núñez, Patricia —continuó Cebrián, ignorando por completo lo que acababa de pasar.

—Oye, ¿por qué todo el mundo se quedó en silencio al escuchar tu nombre? ¿Eres Harry Potter o algo así? Oh, mier-

da, entonces eso me convierte a mí en Ron. ¡No quiero ser Ron! ¡Yo quiero ser Harry! —Pero Alejandro, absorto en sus propios pensamientos, ni siquiera estaba escuchando. Porque nada más salir de ahí se iba a tener que enfrentar a las miradas de todos—. Bueno, mira el lado positivo de la vida: los dos estamos en la misma clase. ¿No me digas que no es de coña? Aunque si nos hubieran separado, tranqui, que me habría presentado voluntario como tributo.